



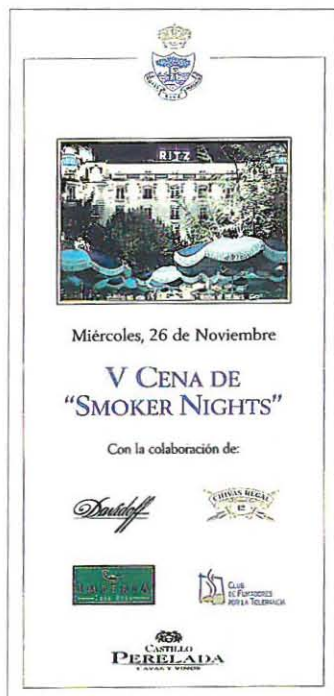
MANUEL
GAMELLA

VINOS

NO, NO VOY a convertir esta sección de vinos en una de crónicas sobre tabacos, pero resulta que un colega y amigo, fumador diario de buenos puros, me animó hace unos días a asistir a la quinta edición de las cenas que con ese título (no sé por qué en inglés) se organizan de cuando en cuando en el Hotel Ritz de Madrid, y me ha parecido sugerente aprovechar la cosa para referirme a las relaciones entre el fumar y el beber que, junto con el comer, integran la sagrada trilogía de formas que nuestra cultura ha desarrollado para sacarle gusto a la química de lo que nos puede entrar por la boca.

Las tres formas se asocian en estas cenas, patrocinadas significativamente por buenas marcas de puros, bebidas y exquisítes gastronómicas, con la colaboración del Club de Fumadores por la Tolerancia, que añade al asunto un adecuado talante cívico y liberal (en el más noble sentido de este término).

El evento arrancó con un aperitivo ambulante en los salones del hotel, que permitía ir confraternizando con los asistentes (cerca de doscientos) mientras se sorbían mojitos cubanos y cava ampurdanés de uva chardonnay. Un torcedor de puros dominicano exhibía allí mismo su arte, y se empezaba el *smoking* con una provisión de puros de pequeño calibre. Se presentaban así los principales protagonistas de la noche: puros Davidoff, y cavas y vinos Castillo de Perelada. Por la parte fumadora, mi amigo, sin dejar de apreciar la excelente factura y textura del producto, echaba de menos el sabor de las plantas cubanas de Vuelta Abajo (Pinar del Río), el mejor tabaco del mundo según la mayor parte de los entendidos, sustituidas ahora, a causa de avatares políticos y económicos, por tabacos dominicanos en las labores, antes cubanas, de la casa Davidoff. Por la parte bebedora, hay que señalar que el cava escogido era correcto de presen-



cia (color limón, burbuja fina y suficiente), aroma y sabor, aunque su temperatura de servicio era tibia (algo imperdonable en un hotel de esas campanillas) y, sobre todo, su ligereza quedaba muy apagada frente al humo de los cigarros.

Lo último es un ejemplo de un problema inevitable cuando se junta el tabaco con el vino (también con la comida). La solución está inventada de antiguo: café, copa y puro al final, y no al principio ni entre medias, pero aquí el tema era fumar, de manera que había que ser realmente tolerantes y sacrificar los requerimientos de la cata vinícola a los de la cata tabaquera.

El resto de la cena fue sabroso, un blanco de chardonnay joven, seco aunque afrutado, con untuosidad casi láctea, acompañó adecuadamente a una ensalada de hígado de oca y gambas, y un tinto crianza del 95 (aún poco hecho), mezcla de uvas tempranillo, garnacha y cabernet-sauvignon, daba réplica a un plato de confitado y pechuga de pato. Los dos

"SMOKER NIGHTS"

vinos, claro está, de la misma bodega patrocinadora, la más conocida del Ampurdán, productora también del popular blanco Pescador y del robusto tinto Cazador.

La sobremesa, tras los postres, se vio rápidamente envuelta en una nube de humo Davidoff, con whisky Chivas de 12 años y ron Havana Club (éste sí cubano) de 7 para aclarar las gargantas. El problema de la cata de puros es que difícilmente se encuentra la ocasión de encender en una sentada varios distintos para poder comparar como se hace con varias copas de vino. Así pues, los buenos expertos tienen que acudir a la memoria, como hizo mi amigo, que siguió irreductible a favor de sus habanos 898 de Partagás. Según nos informaron, las cuatro cenas anteriores en el ciclo estuvieron dedicadas a otras marcas, todas ellas de Cuba, así que habrá que estar atentos a las siguientes convocatorias.

La colectividad asistente a la fiesta me recordaba bastante a la que se encuentra en saraos equivalentes en torno a los vinos. Una mezcla de aficionados ilustrados con profesionales interesados. En este caso los profesionales incluían estanqueros de posín y comerciales del tabaco de distintas procedencias. Entre estos últimos se contaba la mayor parte de la minoría cualificada del género femenino allí presente, incluyendo a una holandesa y una sueca (también había compatriotas, claro) que se chuparon como todos sus buenos cigarros puros en mi mesa.

Si me hubiera visto mi madre hubiera dicho sin duda que todos los vicios se juntan. Dejémoslo en la constatación de que los placeres básicos no son muchos, y más nos vale irlos combinando juiciosamente y con tolerancia para llevarnos mejor en este valle de lágrimas. ¿O no es esto uno de los pilares de la civilización?

El precio: unas 7.500 por cabeza. No está mal para el Ritz. ■